

Los caballeros de la llama oxhídrica

11

Siete segundos y medio. Ése fue el tiempo que transcurrió desde la explosión de las cargas colocadas junto a las puertas hasta el momento en que las cabezas de cuero dispararon contra los palestinos, que habían secuestrado a noventa pasajeros y a diez miembros de la tripulación de un Boeing de Sabena. La Operación Isótopo en la pista del aeropuerto Ben Gurion de Tel Aviv, se puso en marcha a las 16:22 del 8 de mayo de 1972. Aquel ataque relámpago, que provocó la muerte de dos hombres e hirió a dos mujeres del Frente Popular para la Liberación de Palestina, de George Habbash fue, en su género, un ejemplo mortífero de eficacia militar. En el comando israelí se encontraban, camuflados con uniformes blancos de técnicos del aeropuerto, dos futuros ministros: Ehud Barak y Benyamin Netanyahu. Y alguien que será buscado internacionalmente en el futuro: Yair Klein.¹

Cuando entró en el ejército, Klein era casi un adolescente. Una vez licenciado, en 1978, con sólo 36 años, dirigió una estación gasolinera, y más tarde un restaurante en las riberas del Jordán. Al producirse la invasión de Líbano por parte de Israel en 1982, Klein no supo resistir la llamada de las armas y aceptó el mando de un destacamento de infantería.

¹. Sobre las actividades de Klein en Colombia véase Jorge Velásquez (1993); María Jimena Duzán (1992); diversos informes del Das; *Semana*, 2 de mayo de 1990; *Yediot Aharonot*, 11 de junio de 2000; “El Ma’ariv”, reproducido por *El Colombiano*, 11 de junio de 2000.

Un año más tarde, en su segunda licencia, trató de conciliar la vocación de soldado con los negocios, creando, como muchos otros oficiales, su propia compañía de seguridad, a la que denominó significativamente Hod Hahanit en hebreo, y Spearhead en inglés, o sea, “punta de lanza”. Su primer negocio fue la venta de armas y equipamiento por dos millones de dólares a los falangistas libaneses, con quienes había colaborado en el asedio de Beirut, y que habían sido los ejecutores de las masacres de Sabra y Chatila. En los años siguientes amplió su comercio a muchos otros clientes internacionales.

La industria bélica israelí obtenía pingües beneficios merced a la intermediación de compañías privadas como la de Klein, explotando incluso mercados abandonados por Estados Unidos por motivos diplomáticos, sobre todo durante la presidencia de Carter. Israel no sintió nunca escrúpulos en armar y colaborar con las dictaduras más sanguinarias y racistas del mundo. Aquellas sociedades figuraban en el “Anuario de promociones” del Ministerio de Defensa. La Spearhead, que había recibido personalmente del ministro Yitzhak Rabin el permiso para “exportar tecnología militar”, ocupó una página entera en la edición de 1988, año transcurrido por Klein y los suyos instruyendo a los sicarios paramilitares de Puerto Boyacá. Los negocios más oscuros se basaban, por lo demás, en pactos muy claros. Si algo andaba mal, la culpa recaía en las sociedades privadas. Y así sucedió con los servicios de Klein en Colombia. El gobierno de Tel Aviv conocía perfectamente la tarea que desempeñaba el ex coronel en el Magdalena Medio. “Antes de dejar Israel he comunicado que iba a instruir a campesinos. Me dijeron solamente que tuviera cuidado de mí mismo”, afirmó Klein. En abril de 1989 el jefe de seguridad de la Embajada israelí en Bogotá lo invitó a abandonar precipitadamente el país, al enterarse de que el DAS había descubierto la existencia de los campos de entrenamiento de los paras.

El gobierno israelí se vio implicado, en todo caso, en un asunto más enojoso: la venta a los narcoparamilitares colombianos de una partida de 400 fusiles Galil, 100 metralletas UZI y 250.000 municiones, además de explosivos, armas con rayos infrarrojos e instrumental médico. El escándalo explotó en diciembre de 1989, cuando parte del arsenal fue descubierto en la finca del alcalde de Montería, después del asesinato de Gonzalo Rodríguez Gacha, El Mexicano. No era difícil adivinar cómo había entrado en Colombia. Tras ser embarcados en el puerto israelí de Haifa en un navío alquilado por el Ministerio de Defensa israelí, los contenedores con la etiqueta “piezas de maquinaria” habían viajado hasta Antigua, siendo transportados desde allí a la costa colombiana por el Seapoint, un barco

de Jorge Enrique Velásquez, apodado El Navegante. Precisamente en esta ocasión, Velásquez, que había estado en la nómina del cartel de Cali, se ganó la confianza de Rodríguez Gacha, para acabar traicionándolo unos meses más tarde, dando pie a la operación que condujo a su muerte.

“Tengo gente en Israel. Trabajo con el gobierno de este país y eso nos facilita las cosas. Quiero traer un contenedor de armas”, había dicho Rodríguez Gacha al Navegante. Sin embargo, fue Klein quien pagó en Antigua por el visto bueno de la operación al hijo del primer ministro, Vere Bird junior. En Colombia habían colaborado los jefes paras amigos de El Mexicano: Luis Meneses y Fidel Castaño. Este último soñaba con armar un pequeño ejército para atacar el santuario de las FARC, y controlaba, ya entonces, a los políticos del departamento de Córdoba, entre quienes estaba el alcalde de Montería.

Cuando fue descubierto el arsenal, todos intentaron lavarse las manos. El gobierno israelí manifestó que lo había enviado al Ministerio de Seguridad Nacional de Antigua, ya que éste deseaba modernizar el ejército local. Las autoridades de la isla caribeña negaron que hubieran hecho semejante requerimiento, especificando que no existía ministerio alguno con aquella denominación y que, además, sus Fuerzas Armadas contaban solamente con 90 soldados. Klein no negó su participación en la transacción, aunque afirmó que las armas deberían haber concluido su viaje en Panamá, en manos de los opositores del general Manuel Noriega que, mira por dónde, se había convertido precisamente por entonces en un monstruo para Estados Unidos. El gobierno colombiano, que hubiera podido explicar aquel cúmulo de mentiras, se limitó a proclamarse víctima de un complot y decidió echar la culpa al difunto Rodríguez Gacha y, entre los vivos, únicamente a Yair Klein. El mercenario no pareció excesivamente contrariado: eran los gajes del oficio. Permaneció tranquilamente en su hacienda cercana a Tel Aviv, soportando las molestias de un proceso “por haber proyectado dirigir una escuela de subversión” y por “haber exportado material y tecnología de defensa”, sin los permisos necesarios, que concluyó con la condena de un año de cárcel, posteriormente anulada en la apelación. Visto que el Ministerio de Defensa no había anulado ni por un día la licencia a Spearhead, Klein continuó sus negocios a escala internacional, mientras promocionaba una empresa, con sede en Jericó, que vendía botellas en forma de cruz que contenían agua del Jordán. Cuando comprendió que aquella extravagante iniciativa no funcionaba, decidió regresar a su antigua pasión por la guerra. “No voy a sentarme en una oficina con aire acondicionado en Israel y estar aburrido el resto de mi vida”.

Evitó Colombia, que se veía como un laberinto indescifrable y peligroso incluso para un individuo como él, y eligió África, que desde hacía años revelaba ser un maná para mercenarios dispuestos a todo. En enero de 1999 Klein fue detenido en Sierra Leona por venta de armas, que provenían de Ucrania y Libia, a los rebeldes de Revolutionary United Front. Unos años antes había llegado al país africano como instructor de las tropas gubernamentales, recibiendo del presidente Ahman Tejan Kabbah la concesión para explotar una mina de diamantes. Al parecer, decidió pasarse al enemigo un tiempo después. El gobierno israelí logró conseguir la libertad de su inquieto ciudadano, que estaba ya cruzando la barrera de los 60 años pero que no daba la impresión de querer jubilarse. “Tengo valor, fui entrenado para eso, y soy bueno en ello. Entro a lugares donde otros no pueden o no quieren entrar, y entiendo de armas y de sistemas de lucha mejor que los demás”, afirmó Klein poco después de haber sido liberado, tras un año de cárcel y un intento, fracasado, de evasión.

Solamente parecía asustarlo el fantasma de Colombia. En marzo de 2002, un tribunal de Manizales lo condenó a diez años y ocho meses de prisión por el entrenamiento impartido a grupos de terroristas a finales de los ochenta. “Si me callo no me hacen nada, si abro la boca terminaré como Amiram Nir y la entrenadora de delfines que encontraron muerta con un alambre de púas alrededor de su cuello en el centro de Tel Aviv, y créame, no se suicidó”. Nir había sido intermediario de Shimon Peres en el asunto Irangate, que llevó a la liberación de los norteamericanos mantenidos como rehenes por militantes chiítas en Beirut; en la venta de armas a Irán y, posteriormente, en la financiación clandestina de los contras antisandinistas en Nicaragua. “Un día, si es necesario, abriré este episodio, y todo el que pensó que entrené al cartel de Medellín tendrá que tragarse sus palabras”, dijo el ex coronel de los Comandos Especiales, en una larga entrevista al diario israelí *Ma’ariv*, en la que afirmó que había ido a Colombia por invitación de Estados Unidos. “Todo lo que Estados Unidos no puede hacer, porque tiene prohibido intervenir en asuntos de gobiernos extranjeros, lo hace, por supuesto que sí, pero por medio de otros”.

Yair Klein reveló el axioma de todos los mercenarios. Pero no ha sido siempre de la misma manera. Seis siglos antes, sir John Hackwood fue contratado por Florencia para someter a los territorios vecinos.² En italiano le llamaban Giovanni Acuto y había trabajado anteriormente para Inglaterra, Saboya, Milán, Pisa y el Pontificado. A su muerte, quisieron

2. Respecto a las alusiones históricas véase Giovanni (1974); Ana María Ezcurra (1988); Mary Kaldor (1999).

honrarlo los aristócratas florentinos y encargaron a Paolo Uccello un retrato ecuestre suyo, que puede admirarse en la fachada interna de la catedral de Santa María del Fiore. También a la muerte de otro condotiero, Bartolomeo Colleoni, llamado el Invencible por sus soldados, sonaron a duelo las campanas de todas las ciudades de la República Serenísima, y más tarde le erigieron una estatua ecuestre en Venecia, en el Campo de los santos Juan y Pablo. Resulta difícil imaginar honras semejantes en honor de Yair Klein en la parroquia de la plaza mayor de Puerto Boyacá. La razón es simple. Sir John Hackwood y Bartolomeo Colleoni, aunque por cuenta de terceros, hacían la guerra. Klein y los suyos solamente realizan su versión malvada y encubierta.

Los más inclinados a la guerra en otros tiempos eran los suizos. Sobre ellos escribió Francesco Guicciardini, historiador y político florentino: “Ha engrandecido el nombre de esta gente, tan horrenda e inculta, su unión y la gloria de las armas, con las que, por su ferocidad natural y la disciplina a las órdenes, no solamente han defendido valerosamente su país, sino ejercitado también fuera de él la milicia con suma alabanza, que hubiera sido sin comparación mayor si la hubieran ejercitado para su imperio y no a sueldo y para propagar el imperio de los otros”. Alguna vez acaeció que los suizos se enfrentaron entre ellos, bajo banderas diferentes, y se exterminaron sin piedad, como en la cruenta batalla de los Gigantes, librada en 1515 en Mariñano, entre el ejército del joven rey de Francia, Francisco I, y el del ducado de Milán.

Entre los siglos XV y XVII, los ejércitos que luchaban en Europa estaban formados, en buena parte, por mercenarios a cuenta de los señores de la guerra y de los empresarios militares, que les abastecían de armas, alimentos, uniformes y medios de transporte. Los Estados más fuertes intentaban depender lo menos posible de las tropas mercenarias, contratándolas solamente de vez en cuando y sometiénolas casi siempre a jefes propios de comprobada fidelidad. Las naciones más pequeñas, por el contrario, se veían obligadas a contratar el ejército entero, desde el general hasta el último soldado. Era la guerra por comisión, sanguinaria pero, en cierto modo, limpia. Cuando la guerra exigió ejércitos mayores y recursos financieros superiores a las posibilidades de los Estados, los soberanos y los gobernantes, a menudo endeudados con los grandes empresarios bélicos, optaron por el reclutamiento nacional. Aunque de mala gana, prefirieron armar al pueblo antes que correr el riesgo de que se les rebelara a causa de los tributos cada vez mayores que imponían para pagar a los odiosos ejércitos extranjeros, con soldados dispuestos a amotinarse cuando no llegaban las pagas.

Si estaban motivados y eran bien dirigidos, los soldados de leva combatían mejor, podían sentirse identificados con el propio gobernante y unirse más fácilmente contra el extranjero. “Quienes luchan por la propia gloria son buenos y fieles soldados”, escribía Nicolás Maquiavelo en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, y añadía: “Es necesario para querer mantener un Estado, para querer mantener una república o un reino, armarse de súbditos propios”. Era el año 1513. Dos siglos más tarde, los gobernantes europeos prescindieron de los mercenarios, desarmaron a los señores locales y destruyeron sus fortalezas. Para financiar ejércitos permanentes se vieron obligados a regularizar la administración, a organizar el fisco y hacer respetar la ley dentro de sus propias fronteras. Nacieron así los Estados modernos. Fue un proceso difícil y largo. Fueron requisadas las armas y controlada su producción, prohibidos los duelos, e introducidos los permisos de armas.

“El Estado es una comunidad humana que [con éxito] reivindica el ‘monopolio del uso legítimo de la fuerza física’ dentro de un territorio dado”, escribió Max Weber. La pacificación del espacio interno del Estado modificó las características de la política y de la guerra, que se convirtió en una actividad centralizada que involucraba a la sociedad entera, teniendo además en cuenta el empleo cada vez más generalizado de armas mortíferas. Los conflictos aumentaban en número, aunque disminuyeran en los países europeos, donde eran, eso sí, más devastadores. El potencial destructivo de las guerras mundiales empujó a los gobernantes a firmar convenciones y acuerdos referidos, por ejemplo, al tratamiento dado a los prisioneros y heridos, y a la salvaguardia de la población civil. A pesar de que a menudo se quedaba en papel mojado, este corpus de derecho internacional se demostró un reductor de la barbarie. Los soldados tenían licencia para ejercer la violencia por cuenta del Estado, pero debían llevar el uniforme, portar públicamente las armas, obedecer a un comandante responsable de sus acciones. La guerra era “la continuación de la política por otros medios”, y debía rendir cuentas a la política.

Los Klein y los Castaño, como los demás guerreros enmascarados de las guerras modernas, no se asemejan a los condotieros surgidos a finales de la Edad Media, y ni siquiera hubieran encontrado su sitio en las guerras convencionales del siglo pasado. El cambio llegó exactamente después de Vietnam. Tras la vergonzosa derrota y el sucesivo periodo de desbandada, casi de parálisis, originado por la “política de distensión”, Estados Unidos, pasó bajo la presidencia de Reagan, a la ofensiva estratégica. La nueva doctrina se basaba en la hipótesis de que la URSS, evitando una confrontación abierta y directa, estaba realizando una maniobra envol-

vente, sobre todo en el llamado Tercer Mundo, mediante el terrorismo, con las llamadas “luchas por la liberación nacional”, y la amenaza contra las fuentes de energía de Occidente.

El secretario de Estado norteamericano, Gaspar Weinberger, no tenía dudas: “hoy el mundo está en guerra. No es una guerra global, aunque se da alrededor del globo. No es una guerra entre ejércitos completamente movilizados, aunque no es menos destructiva. No es una guerra bajo las leyes de la guerra...” (Defense, 1986). Era la guerra de baja intensidad. No importaba tanto saber si la URSS originaba o simplemente aprovechaba los conflictos aparecidos por el mundo. Lo esencial era tener en cuenta que el enemigo anidaba en cualquier parte del mundo, en cada una de las batallas, aunque no fueran militares, y en todos los conflictos sociales. El objetivo de la guerra no era ya, como había explicado Von Clausewitz, “la derrota y la destrucción de las fuerzas armadas enemigas”, sino la conquista de la población. Por consiguiente, los instrumentos no podían ser únicamente militares. “El ser humano tiene su punto más crítico en la mente. Una vez alcanzada su mente, ha sido vencido el animal político sin recibir necesariamente balas”, afirmaba el *Manual de Operaciones psicológicas en guerra de guerrillas*, producido por la CIA.³ Pero, a la vista de que el menú del llamado “capitalismo democrático” no ofrecía elementos seductores a las poblaciones del Tercer Mundo, más allá de la libertad de empresa y de la democracia formal, las balas continuaban siendo determinantes para sostener los regímenes de sociedades que eran cada vez más pobres e injustas.

Para sostener las guerras no convencionales fueron creadas las Special Operation Forces (SOF), los Boinas Verdes, los Rangers, los Navy Seals y la Fuerza Delta, además de las unidades especializadas en la guerra antiterrorista, psicológica y propagandística. Se incrementó el apoyo a los movimientos contrarrevolucionarios, etiquetados como “combatientes de la libertad”, sobre todo en Afganistán, Camboya, Angola y Nicaragua. Era necesario evitar, dentro de lo posible, una intervención directa de Estados Unidos, para no empantanarse como en Vietnam, y no ofrecer de nuevo al pueblo norteamericano el triste espectáculo del desembarco de tantos ataúdes envueltos en la bandera de barras y estrellas. Desde entonces tuvieron que morir en las guerras, preferentemente, “los otros”. Las intervenciones armadas deberían ser, por tanto, lo más rápidas y seguras posibles, gracias a la potencia de los nuevos destacamentos móviles y a la

3. *Manual de sabotaje y guerra psicológica de la CIA para derrocar al bandolero sandinista*, Fundamentos, 1985.

aplastante superioridad de las fuerzas y medios empleados, como sucedió efectivamente en las invasiones de Granada y Panamá, y en las guerras del Golfo y de los Balcanes. También iban a ser más despiadadas. El profesor de Ciencias Políticas Sam Sarkesian, uno de los teóricos de la nueva doctrina, escribió que en las guerras de baja intensidad se dan “todos los ingredientes para un conflicto ‘sucio’, no caballeresco y orientado hacia el terror”.⁴ Ya en 1954, una comisión constituida por el presidente Eisenhower para estudiar la eficacia de las operaciones clandestinas, había manifestado: “Si Estados Unidos quiere sobrevivir deben reconsiderarse los conceptos tradicionales norteamericanos del *fair play*. Debemos desarrollar un servicio eficaz de espionaje y contraespionaje, y aprender a subvertir, sabotear y destruir a nuestros enemigos con métodos más astutos, más sofisticados y más efectivos que los que son utilizados contra nosotros. Es necesario que el pueblo norteamericano se familiarice, comprenda y apoye esta filosofía tan repulsiva” (Woodward, 1992). En los años siguientes, Hollywood realizó también su tarea, haciendo propaganda del mito de superhombre que extermina a los enemigos (que cambian en las pantallas según sea el adversario de turno indicado desde el gobierno de Washington), enarbolando los principios sagrados de “Dios, patria y familia”. El mundo entero fue invadido por Sylvester Stallone y Arnold Schwarzenegger antes que por los Rambo reales. Una encuesta de la Unesco, de 1997, mostraba que nueve de cada diez niños se identificaban con ellos.

Estados Unidos proclamó, cada vez con menos discreción, su derecho a violar las leyes internacionales. “Las restricciones de la Carta de las Naciones Unidas a la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, incluyen una excepción específica para el caso del derecho de autodefensa”, afirmó el secretario de Estado, George Schultz.⁵ En nombre de la seguridad nacional fueron bendecidas las *covert-action*, operaciones secretas que no tenían en cuenta las fronteras, espacios aéreos ni aguas territoriales. El banco de pruebas de la llamada “doctrina Reagan” fue Nicaragua. El 1º de diciembre de 1981, el presidente Reagan firmó una autorización secreta que permitía las operaciones paramilitares en Centroamérica, para derribar el régimen sandinista. Fue aprobada la constitución de una fuerza de 500 contrarrevolucionarios con base en Honduras, bajo expertos militares de la dictadura argentina y no bajo instructores norteamericanos, para tranquilidad del Congreso. Desde entonces fue la CIA quien

4. “Low-Intensity Conflict: concepts, principles and policy guidelines” *Air University Review*, 1985.

5. “Low-intensity Warfare: the Challenge of ambiguity”, *Current Policy*, 1986.

asumió, en realidad, la dirección de la política exterior centroamericana. Fueron atacados aeropuertos, minados puentes y alcanzadas refinerías. Para la política de conspiración Reagan eran estrechas no solamente las leyes internacionales, sino incluso las norteamericanas. Cuando el Congreso prohibió al gobierno que continuara sosteniendo una guerra “jamás declarada” a los sandinistas y cortó la ayuda a los contras, el apoyo a su causa fue garantizado secretamente por el “gobierno sombra”.

De esa foma emergió la figura del coronel Oliver North, un fanático católico carismático, a quien le gustaba ser llamado Rambo, que rambizó la política exterior norteamericana, asumiendo el papel de “secretario de Estado de la doctrina Reagan”. Tras el atentado contra la Embajada de Beirut, que causó la muerte a 246 marines, desplegó la National Security Decision Directive, que autorizaba de hecho la caza y muerte de los terroristas en cualquier parte del mundo. Planificó el ataque a Libia, y la invasión de Granada. También coordinó las medidas antiterroristas con los países europeos.

La mayor obsesión de Oliver North era, en todo caso, Nicaragua. El incansable coronel organizó cientos de conferencias en Estados Unidos para recoger fondos con destino a los contras y para movilizar a las asociaciones privadas más reaccionarias del país, como la Liga Anticomunista Mundial, Citizen for America, Civilian Military Assistance, y la revista para mercenarios *Soldier of Fortune*. North programó la campaña difamatoria contra el régimen sandinista, reunió armas y aviones y construyó en Costa Rica, en la finca del embajador norteamericano Lewis Tambs, un aeropuerto clandestino, que fue utilizado por los aviones cargados de armas y de cocaína colombiana, que luego era vendida en Estados Unidos para financiar la guerra clandestina.

Para sacar adelante su cruzada, North había concebido uno de los complots más temerarios de nuestros días, la Irán-Contras-Gate. La comisión de investigación impuesta por el Congreso se convirtió en el mejor instrumento de propaganda de la “doctrina Reagan”. Mientras la embarazada oposición democrática se limitó a protestar contra el método, y no contra la esencia de la política de conspiración, el principal imputado, Oliver North, salió en programas televisados en medio mundo como un verdadero héroe. Olly defendió a capa y espada la filosofía de la *covert-action*.

Creo que es muy importante para el pueblo americano entender que éste es un mundo peligroso, que vivimos en riesgo, y no debería pensar que esta nación no puede y no debe conducir operaciones encubiertas... Los luchadores de la libertad nicaragüenses

han tenido que sufrir una guerra desesperada por la libertad, con un apoyo esporádico y confuso de los Estados Unidos de América. Ellos necesitan un flujo de dinero, de armas, vestimenta y suministros médicos. El Congreso de Estados Unidos permitió que el Ejecutivo los animara a dar batalla, y luego los abandonó. Cuando el brazo ejecutivo hizo todo lo posible ustedes entonces hacen esta investigación para culpar del problema a esa rama ejecutiva. Esto no tiene sentido para mí... Yo voy a salir de aquí con mi cabeza alta y mis hombros erguidos porque estoy orgulloso de lo que realizamos. Estoy orgulloso de la pelea que llevamos a cabo. Estoy orgulloso de servir en la administración de un gran presidente.⁶

A pesar del escándalo, la “doctrina de Reagan” salió victoriosa en Nicaragua, donde los sandinistas capitularon en las votaciones de 1989, extenuados por la presión militar norteamericana. Y se plasmó cada vez más como modelo para los conflictos existentes o futuros. Desde aquel momento, los gobernantes de un número siempre mayor de Estados, poderosos o débiles, renunciaron al monopolio de la fuerza, requiriendo los servicios de gente como Klein y Castaño. La intriga se convirtió progresivamente en materia e instrumento de las relaciones internacionales. Muchos gobiernos han destinado en las últimas décadas recursos ingentes a la creación, además del ejército, marina y aviación, de una cuarta fuerza armada irregular, dotada de “una organización y metodología similares a las militares aunque sin serlo”.

Cuando el Estado se sentía fuerte, reivindicaba abiertamente esa alternativa. Lo hizo, por ejemplo, Efraín Ríos Montt en Guatemala, promoviendo las autodefensas con el programa “Fusiles y frijoles”, y en Perú las cúpulas de las Fuerzas Armadas organizando las Rondas Campesinas: los campesinos y los indígenas que las formaban, mal armados y adiestrados, eran utilizados más como “carne de cañón” que como una tropa enviada a la guerra sucia, de la que continuaban ocupándose los destacamentos militares. Normalmente, el Estado negaba toda paternidad en la formación de esta cuarta fuerza y, cuando reconocía su existencia, la atribuía a las condiciones negativas del conflicto o a la reacción de sectores de la sociedad ante los abusos de la subversión.

Se hizo habitual mentir sin pudor alguno, negar la evidencia o endosar a las denominadas “fuerzas oscuras” los episodios más crueles de la guerra sucia. De la misma manera que la reina Isabel, cuando se encon-

6. North saves the freedom fighters, Informe A/M, agosto de 1987.

traba con Felipe II, fingía desconocer las andanzas a través de los océanos del corsario Francis Drake, así sostenía el presidente yugoslavo Slobodan Milosevic que los “Tigres” de Zeljko Raztanovic, más conocido como Arkan, las “águilas blancas” y los otros paramilitares que realizaban estupros, torturas y masacres en Bosnia, eran “bandidos y vagabundos” que ni él ni sus generales conocían. La mentira de Slobo era la misma que la de los gobernantes croatas que organizaron a los Lobos y a los Ustascia, y la de los bosnios que utilizaron a los Mujihidin afganos. Lo mismo hicieron el presidente mexicano Ernesto Zedillo y la cúpula de las Fuerzas Armadas de su país, que trataron de impedir el contagio zapatista apoyando en Chiapas a los grupos de asesinos de Paz y Justicia, y a Los Chinchulines. Era una práctica habitual en México, activada en octubre de 1968 cuando, para garantizar el desarrollo sin sobresaltos de los Juegos Olímpicos, un grupo paramilitar llamado Olimpia, organizado directamente por el ministro del Interior, mató a golpes de bayoneta y utilizando armas de fuego cargadas con balas explosivas, a 300 jóvenes manifestantes en la plaza de Tlatelolco de Ciudad de México.

No existe ya conflicto alguno en el mundo que no tenga, entre sus protagonistas, grupos paramilitares, fundados o protegidos por las fuerzas regulares. Si resultó evidente en Irak, donde los mercenarios privados representan el segundo ejército más poderoso entre las fuerzas ocupantes, el fenómeno de la privatización está presente, por ejemplo, en India, Pakistán, Indonesia, Filipinas, Chechenia, Burundi, Georgia, Tayikistán, Turquía, Algeria, Marruecos, Senegal, y ha existido, aunque con características más definidas, como “terrorismo de Estado” en países con una “democracia consolidada” como Francia, Italia y España. Así sucedió con l’Organisation Armée Secrète (OAS) frente a la independencia argelina, Gladio contra el peligro comunista, y los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) contra la ETA vasca.

En algunos casos, la privatización del uso de la fuerza se apoyaba en la organización espontánea de algunos sectores sociales, pero en ningún país, ni siquiera en la Colombia de los años ochenta, en el momento de oro de los carteles de Cali y Medellín, los narcos y sus aliados latifundistas habrían podido crear una fuerza militar sin la colaboración activa del ejército y la tolerancia del gobierno. Tampoco en El Salvador hubieran podido actuar y extenderse los escuadrones de la muerte, que se adhirieron al partido Arena, capitaneado por la “mayor llama oxhídrica”, Roberto D’Aubuisson, sin la cobertura de las jefaturas militares.

Muchas veces era Estados Unidos quien teledirigía la formación de los grupos paramilitares. En la época de Reagan, el procedimiento era

activado clandestinamente, pero con una clara coherencia. Bill Clinton modificó la forma pero no la sustancia. Cuando subió Jean-Bertrand Aristide al poder en Haití, en las primeras elecciones libres del país, fue la CIA quien organizó a los tonton macoutes del Frente para el Avance y Progreso Haitiano (FRAPH) que colaboraron en 1991 en el golpe militar del general Raúl Cédras. Cuatro años más tarde, al enviar a los marines a “devolver la democracia” a la isla, Clinton se cuidó muy bien de recordar que el terrorismo de los militares y de los paramilitares del FRAPH había sido programado en Washington para moderar el programa reformista de Aristide e impedir el nacimiento, basado en el voto, de otra Cuba en el Caribe.

Con la ayuda de Cédras y los dirigentes de las FRAPH, Estados Unidos adoptó en Haití la fórmula de “crea, usa y tira”, que echaba de menos Klein y temía Castaño. La “doctrina Reagan” continuó, por tanto, guiando la política externa norteamericana, aunque durante la presidencia de Clinton fue condimentada con abundancia de referencias a los derechos humanos. La mezcla produjo a veces efectos grotescos. En 1995, por ejemplo, en la misma semana en que el Departamento de Estado norteamericano presentaba el informe anual sobre las violaciones de los derechos humanos en el mundo, la CIA publicaba su propio *Manual de instrucción para la explotación de los recursos humanos*, en el que se suministraban amplios detalles sobre la forma de llevar a cabo los interrogatorios, recurriendo incluso a la tortura. Algún personaje más iluminado de Washington hizo insertar en la introducción al volumen una frase que intentaba ser tranquilizadora: “Aunque no aconsejamos el uso de técnicas coercitivas, creemos oportuno informarles sobre su existencia y la forma más adecuada de utilizarlas”.⁷

Como Estados Unidos deseaba cada vez menos ensuciarse las manos en conflictos locales, las guerras de baja intensidad necesitaban protagonistas eficientes, modernos, aparentemente neutrales, concebidos y aleccionados no en campos de batalla o mesas de tortura, sino en confortables oficinas de Londres, Nueva York, Tel Aviv, Pretoria y Bruselas. Desde finales de los años ochenta aparecieron en el escenario internacional decenas de Military Private Companies (MPC), empresas creadas para suministrar seguridad y estabilidad, la mercancía más apetecida por el Nuevo Desorden Mundial heredado desde el fin de la guerra fría (Abdel-Fatau y Kayode, 2000).

Veinte años antes habían surgido, casi de la nada, algunos grupos de mercenarios que habían truncado, por ejemplo, la revuelta de los

7. “The Times of India”, tomado de *Internazionale*, 14 de febrero de 1997.

Simba en Katanga, o intentado hacer caer los gobiernos de Benin y Comore. Parecían sobrevivientes del antiguo colonialismo y, sin embargo, eran los primeros guerreros del nuevo. El fin del enfrentamiento Este-Oeste había dejado espacio para la acción, en algunos casos directa, de las sociedades multinacionales que provocaban o utilizaban la explosión de los conflictos civiles, étnicos o tribales para asegurarse la explotación de los recursos naturales en amplias zonas del planeta. Las MPC se presentaron así con sus ejércitos, eligiendo como zona de actuación sobre todo África, donde la naturaleza es más rica y la humanidad más pobre y abandonada. “Detrás de ellos pervive la antigua estructura colonial, camuflada de sociedad multinacional, con teléfono vía satélite”, ha escrito la investigadora Elizabeth Rabin en la revista *Harper's*.⁸ O mejor dicho, las MPC son el arma del nuevo colonialismo, cuyo orden garantizan al mismo tiempo que las multinacionales realizan la explotación del territorio y algunas ONG practican la caridad.

En África el recurso a lo “privado” ha sido favorecido por la debilidad de lo “público”, propia de los Estados jóvenes nacionales, incapaces de controlar sus países, pero también por los organismos armados africanos e internacionales, llamados a intervenir en ellos. Los “cascos azules”, por ejemplo, han sido acusados a menudo de entrar en acción con retraso, o de actuar como “eunucos en una orgía”. Las MPC recibían ofertas de trabajo de las multinacionales mineras y petroleras y de las empresas occidentales en general, que consideraban que los sistemas de protección propios de las fuerzas armadas locales eran inadecuados para sus instalaciones. También requerían sus servicios los gobiernos amenazados por revueltas populares y movimientos secesionistas, e incluso otros, que las condenaban verbalmente o que habían sufrido en el pasado sus expeditivas intervenciones armadas. Para las agencias de mercenarios fue, indudablemente, una gran satisfacción recibir demandas de protección por parte de los funcionarios de la ONU en Sierra Leona, o trabajar para el gobierno de Nelson Mandela o para el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), antiguos enemigos suyos. En realidad, las MPC aspiraban a convertirse en los guerreros pragmáticos del *peace-keeping*, y sustituir los costosos e ineficaces destacamentos de la ONU. No se podía pretender, claro está, que sus guerreros, carentes de un control constitucional, fueran eficientes y, al mismo tiempo, respetuosos con los derechos humanos. Su personal dirigente se hallaba compuesto, como máximo, por oficiales reti-

8. Las afirmaciones de Rabin y Van Creveld han sido tomadas de *Covert Action Quarterly*, otoño de 1997, publicadas por *Guerre&Pace*, noviembre de 1988.

rados, con experiencia en unidades especiales de espionaje y de seguridad de ejércitos occidentales, sobre todo inglés, norteamericano, israelí y sudafricano. La tropa, por su parte, procedía mayormente de países orientales, latinoamericanos o africanos.

En los años noventa, los ejércitos privados se convirtieron en colosos económicos que se apoderaron de hecho, sobre todo en África, de muchas zonas del territorio. El historiador y militar Martin van Creveld ha escrito: "El deber cotidiano de la defensa de la sociedad contra el peligro de los conflictos de baja intensidad fue transferido a las empresas de servicios de seguridad en auge, y llegó pronto el momento en que los que comprendieron la potencialidad de ese negocio, como los antiguos condotieros, se adueñaron de los Estados". El presente parece darle la razón. En África, la principal MPC es la Executive Outcomes (EO), fundada en 1989 y dirigida por un ex comandante de las fuerzas especiales sudafricanas, que ha realizado sus misiones principales en Sierra Leona, para cortar el avance de los rebeldes del RUF, a solicitud del gobierno de Freetown, y en Angola para combatir, por cuenta del gobierno, a los rebeldes de Unión para la Total Independencia de Angola (Unita). En ambos casos, EO cobró en concesiones petroleras y diamantíferas, llevando la gestión a través de su asociada, Diamond Works.

La Military Resources Profesional Incorporated (MRPI) es una sociedad estadounidense fundada en 1987, con sede en Alejandría, y con una planta de 400 personas de tiempo completo. En su publicidad afirma que es "el conjunto más potente de experiencia militar existente en el mundo". Sus personajes más llamativos son el ex general Carl Vuono, veterano de la guerra del golfo, y el ex comandante del ejército de Estados Unidos en Europa, Frederick Kroesen. La MRPI instruyó al ejército croata antes de la sangrienta ofensiva en la región de la Krajina, de mayoría serbia, que provocó la matanza de cientos de civiles y la deportación de 170.000 personas. Después colaboró en la reestructuración del ejército bosnio. El 95% de sus 1300 millones de dólares de facturación anual proviene de contratos con el gobierno estadounidense. La Defense System Limited (DSL), con sede en Londres, a poca distancia de Buckingham Palace, emplea a 4000 personas, y opera en unos 30 países, especialmente en la protección de las instalaciones de las sociedades mineras y petroleras, y de los edificios de algunas embajadas. Sus hombres han instruido ejércitos de diversos países en guerra, como el cingalés. La DynCorp es acaso la MPC más antigua en activo. De hecho fue fundada en 1946 para vender el "sobrante" de aviones de combate de la Segunda Guerra mundial. Gran parte de sus 1500 hombres son veteranos de las guerras de Corea, Vietnam, golfo pérsico, El

Salvador y Guatemala. En los Balcanes ha controlado la retirada de las tropas serbias de Kosovo. Debido a sus óptimas relaciones con la CIA, ha recibido encargos militares en Kuwait, Honduras, El Salvador, Haití y Panamá. En su página web, esta sociedad que acredita una facturación anual de 400 millones de dólares, afirma que ofrece sus servicios “con una pizca de humanidad” y que trata “la alta tecnología militar como una forma de arte”.

Colombia es, naturalmente, una ganga para las empresas de los “nuevos señores de la guerra”. La DSL se halla presente desde 1991, como Defense Systems Colombia (DSC), sobre todo en la protección de las instalaciones y oleoductos de la British Petroleum. La USO y las organizaciones de los derechos humanos la han acusado en diversas ocasiones de haber fichado a los sindicalistas y entregado sus correspondientes expedientes al ejército y a la policía de la zona, quienes a su vez ponían en acción a los paramilitares de las AUC.

En todo caso, los negocios más consistentes son los que llevan a cabo las siete MPC comprometidas en el Plan Colombia y, entre ellas, se llevan la parte del león la MRPI y la Dyncorp.⁹ Los 1000 millones de dólares de ayuda militar asignados por el gobierno estadounidense al colombiano están destinados a regresar casi enteros al remitente. En buena parte, a las industrias bélicas, como la Bell-Textron y la United Technologies Sikorsky Aircraft, que han suministrado los helicópteros de combate a las Fuerzas Armadas colombianas, pero también a las sociedades que imparten instrucción a los llamados batallones antinarcóticos, o que participan en las misiones de erradicación aérea de los campos de coca. Casi la mitad de los 370 millones que Estados Unidos dedicó a Colombia durante 2002 para financiar operaciones militares y policiales ha sido utilizada para pagar a los mercenarios de las 17 compañías privadas norteamericanas que prestan una amplia gama de servicios, desde montar radares y entrenar pilotos hasta monitorear las densas selvas colombianas.¹⁰

“Nos están utilizando para llevar a cabo la política exterior norteamericana”, admitió el ex general de la Defense Intelligence Agency (DIA), Ed Soyster, convertido en portavoz de la MPI. Evidentemente, ahorrándose todos los riesgos del caso. Quienes se juegan la vida, más que los instructores que trabajan en bases fortificadas en plena selva amazónica, son los pilotos que sobrevuelan las zonas controladas por la guerrilla. Una vez

9. Sobre las actividades de la Dyncorp en Colombia véase *Miami Herald*, 26 de febrero de 2001, y *El Espectador*, 17 de julio de 2001.

10. *El Tiempo*, 18 de junio de 2003.

entrados en Colombia con una visa de turismo, alternan quince días de vuelo con quince días de reposo en Estados Unidos, con un sueldo neto de 100.000 dólares al año. Desde 1997 han muerto una veintena. En julio de 1999 murieron cinco norteamericanos en un avión espía que se estrelló sobre las montañas en la frontera con Ecuador, del que no se conocen las causas del accidente, pero que probablemente fue alcanzado por las posiciones antiaéreas, artesanales pero eficaces, de la guerrilla.

Todos optaron por minimizar el accidente. El gobierno norteamericano deseaba esconder una misión militar que no respetaba los límites de la lucha antidroga, que era la única admitida por el Congreso de Estados Unidos en Colombia. Las FARC preferían no enrarecer las conversaciones de paz en el Caguán. Los cinco miembros de la tripulación perecieron en el accidente, a diferencia de lo sucedido el 13 de febrero de 2003, cuando un Cessna 208 fue abatido en la selva del Caquetá. De los cuatro agentes de la CIA, a sueldo de la California Microwave Systems, que sobrevivieron tras el aterrizaje forzoso, fue muerto inmediatamente un multicondecorado de Vietnam, mientras que los tres restantes fueron capturados por los rebeldes de XV frente de las FARC. La infructuosa búsqueda de estos últimos provocó nuevas pérdidas entre las fuerzas estadounidenses. El 25 de marzo siguiente murieron otros tres oficiales de la CIA, al resultar abatido de nuevo por los rebeldes un Cessna, también en el Caquetá.

Aunque en este último caso Estados Unidos reaccionó de manera furibunda y Bush llegó a acusar a los guerrilleros de ser asesinos despiadados, la opción de la privatización se demostraba especialmente eficaz. “Si alguien resulta muerto o lo que sea, siempre puedes decir que no es un miembro de las Fuerzas Armadas”, explicó el ex embajador norteamericano en Colombia, Myles Frechette.¹¹ Las empresas privadas servían, además, para eludir la ley sin que resultara tan insolente, y de manera probablemente más eficaz que las intervenciones realizadas por North y sus socios bajo la presidencia de Reagan. Inicialmente las MPC sirvieron para desviar a la lucha contra la subversión los fondos destinados exclusivamente a la guerra contra la droga. Desde agosto de 2002, el obstáculo quedó eliminado por Bush con una ley expresamente aprobada “en apoyo de una campaña unificada contra el narcotráfico, las FARC, el ELN y los paramilitares, y para proteger la salud humana en situaciones de emergencia”. Bajo la obsesión de Vietnam, el Congreso de Estados Unidos fijó en 800 el límite de hombres a emplear en Colombia, entre militares y civi-

¹¹. Las declaraciones de Soyster y Frechette, en *St. Petersburg Times*, 3 de diciembre de 2000.

les, para duplicarlo en octubre 2004 debido a las presiones de la administración Bush. La política de contratos permitía agilizar el trámite, utilizando mercenarios de diversos países latinoamericanos. Todas las MPC operaban bajo la responsabilidad del Departamento de Estado norteamericano, que garantizaba su impunidad en cualquier asunto que llevaran a cabo sus hombres. El 13 de diciembre de 1998, algunos pilotos de la Air Scan International Inc. participaron en el bombardeo del poblado de Santo Domingo, en el departamento de Arauca, causando la muerte de 18 civiles. La acción fue explicada por la presencia sobre el terreno de fuerzas guerrilleras, empeñadas en oponerse a las operaciones de erradicación. Ningún miembro de la MPC fue sometido a procedimiento judicial alguno. En agosto de 2002 fue solicitada expresamente y de inmediato concedida la impunidad para estas fuerzas, por Marc Grossman, subsecretario para los asuntos Políticos del Departamento de Estado norteamericano. “Sirve para proteger a las fuerzas militares de Estados Unidos y a funcionarios nuestros que están sirviendo en Colombia de lo que nos preocupa sean persecuciones políticas”.¹²

Los problemas mayores procedían de la droga. El 12 de mayo de 2000, la Policía Antinarcóticos del aeropuerto El Dorado de Bogotá descubrió dos botellas de líquido viscoso, que contenían heroína, entre los paquetes postales que partían con la Federal Express, expedidos por la Dyncorp y destinadas a la base aérea de Patrick, en Florida. El asunto fue descubierto sólo al cabo de un año, gracias a las averiguaciones del diario canadiense *The Nation*.¹³ Las autoridades norteamericanas habían logrado encubrir todo hasta entonces, imponiendo silencio a las colombianas. El presidente Pastrana fue obligado, bajo la presión de la embajada estadounidense en Bogotá, a licenciar al general de la policía culpable de haber promovido una investigación sobre el asunto. En su estudio titulado “El problema de la droga en Dyncorp”, *The Nation* reveló que los mercenarios se hallaban involucrados en problemas de drogas. En agosto de 2002 había muerto por una sobredosis de cocaína un paramédico de la Dyncorp, en la base de Tres Esquinas. El año anterior se habían visto implicados otros diez funcionarios de la Dyncorp en tráfico de anfetaminas. En ambos episodios la documentación desapareció misteriosamente, y los jueces que tenían asignado el caso se vieron obligados a frenar las indagaciones. Se trataba poco más o menos del mismo mecanismo de impunidad utilizado durante muchos años por Pablo Escobar y otros narcos.

12. *El Espectador*, 15 de agosto de 2002.

13. *The Nation*, 16 julio de 2001.

La droga entró con gran escándalo asimismo en la Embajada de Estados Unidos de Bogotá, viéndose implicado nada menos que el coronel James Hiett, coordinador de las operaciones anti narcos en Colombia, cuya mujer fue detenida en agosto de 1999 en Brooklyn, acusada de haber introducido en el país, aprovechando las valijas diplomáticas, heroína y cocaína por un valor de cientos de miles de dólares. Hiett utilizó una parte de los beneficios del tráfico para adquirir una vivienda. Las diferentes instituciones hicieron su labor lo mejor posible para tapar el escándalo, que resquebrajaba la credibilidad de la cruzada antidroga norteamericana. La Embajada norteamericana en Bogotá y el Pentágono trataron de exonerar al coronel de toda responsabilidad, los tribunales federales concedieron a la pareja todos los atenuantes posibles, y los *mass media* de Estados Unidos escondieron el caso.¹⁴

“Los gringos que fumigan siguiendo el Plan Colombia son una banda de Rambos sin Dios ni ley, que han sido pillados hasta traficando heroína”, escribió la revista *Semana*. La palabra Rambo no era elegida por casualidad. En junio de 2001 un periodista estadounidense de buena memoria reveló que la Eagle Aviation Services and Technology (EAST), una de las sociedades que había recibido, subcontratada por la Dyncorp, el encargo de lanzar pasquines sobre las regiones del sur de Colombia, era la misma utilizada por Oliver North en los años ochenta para transportar armas a los contras. Y que en sus viajes de regreso transportaba droga colombiana para financiar la guerra clandestina. “Eso fue hace 15 años. La cuestión es lo que están haciendo, y no lo que hicieron”, se limitaron a responder, avergonzados y enojados, los altos responsables del Plan Colombia. Oliver North respondió a su vez escribiendo un artículo encendido sobre el Plan Colombia, con su estilo a lo Rambo, en *Washington Times*. “Lo deberían llamar por lo que es: el último esfuerzo de Estados Unidos con armas y asesores militares para evitar que Colombia caiga en la anarquía”.¹⁵ Pocas ideas, pero claras, de quien se sentía dispuesto a volver a la trinchera.

George Bush junior necesitaba gente como Oliver North, sobre todo después del 11 de septiembre. Han sido exonerados de nuevo todos sus socios de maldades de la época Reagan. Entre ellos, John Dimitri Negroponte (ex embajador en Tegucigalpa desde abril de 2004, embajador en el Irak ocupado para ser elegido en febrero de 2005 director de Inteligencia

14. *El Tiempo*, 8 de julio de 2000 y *Semana*, 15 de noviembre de 2000.

15. *Washington Times*, 12 de junio de 2001.

Nacional de Estados Unidos), Elliott Abrams, que pasó de subsecretario para los problemas latinoamericanos a director en el Consejo Nacional de Seguridad, y especialmente Otto Reich, promovido a secretario de Estado para el hemisferio occidental.¹⁶ Reich fue declarado culpable en 1987 de haber impulsado, siendo jefe de la Oficina de Asuntos Políticos para América Latina, “actividades de propaganda prohibidas y encubiertas destinadas a influir en las políticas de la administración hacia América Latina”. Nacido en La Habana y refugiado en Miami, Reich ha estado siempre obsesionado por la idea de acabar con el régimen castrista y sus aliados, verdaderos o presuntos. Convertido en embajador de Venezuela tras el escándalo Iran-Contras-Gate, Reich movió todos sus hilos para liberar a un anticastrista que en 1976 había hecho explotar una bomba dentro de un avión con 73 pasajeros, entre quienes se encontraban los miembros del equipo olímpico cubano de esgrima. Contratado por Bacardi como consejero en la operación legal que intentó arrebatar la marca Havana Club a la industria estatal de ron, Reich endureció el embargo que pesa contra la isla hasta el punto de impedir un partido entre un equipo de béisbol norteamericano y otro cubano, explicando que habría sido como jugar fútbol en Auschwitz. Definido por el escritor mexicano Carlos Fuentes como uno “de los más siniestros personajes del imperialismo pasado”, el nuevo responsable para América Latina ha dejado pronto su sello en la zona andina. Después de dirigir, en abril de 2002, el fracasado golpe contra el presidente venezolano Hugo Chávez, coleccionó un fracaso tras otro en el continente. En marzo de 2003, el departamento de Estado colocó en su lugar a otro duro del *staff* de Reagan, el ex agente de la CIA Roger Noriega, implicado en diversos hechos oscuros de la guerra sucia en Centroamérica, entre ellos, de la muerte, en diciembre de 1980, de cuatro monjas estadounidenses en El Salvador por parte de los escuadrones de la muerte.¹⁷

Con semejantes patrones, los guerreros modernos seguirán teniendo carta blanca.

16. Sobre el papel de Reich en América Latina, véanse *Página 12*, 16 de enero de 2002; *Uno más uno*, diciembre de 2000; *Semana*, 19 de junio de 2002; *El País*, 25 de febrero de 2001.

17. Reuters, enero de 2003 y Associated Press, 24 de marzo de 2003.